

Cincuenta años de ejercer una profesión hermosa es algo que debemos agradecer a Dios, por darnos la posibilidad de haber transitado un camino, que elegimos, con sus logros y pesares. Debemos agradecer el que hoy nos encontremos en esta Casa, la Universidad del Salvador, cuyos recuerdos no se nos borrarán nunca. Como tampoco el de muchos compañeros que ya no están. Pedimos a Dios para ellos que descansen en paz, siempre estarán presentes en nosotros.

Muchos profesionales celebran sus 50 años de egresados, pero pocos pueden hacerlo como nosotros. Nunca dejamos de vernos, de compartir experiencias, de estar conectados, y esto es lo más valioso que tenemos, no ya como profesionales sino como amigos. Y esta Casa es la que nos invitó, a que lo fuéramos, a crear esos vínculos que hoy agradecemos y revivimos año tras año. Y por supuesto se lo debemos en gran medida, a una excelente persona y amigo, Carlos Celso, quien con esfuerzo y voluntad supo mantenernos unidos.

Recuerdos hay muchos. Las reuniones en el bar del Colegio del Salvador, esperando rendir un examen, la sala de anatomía, donde recién ingresados nos encontramos con cuerpos disecados que nos producían una angustia que tratábamos de disimular con chistes y comentarios que pensábamos que nos hacían indiferentes a lo que veíamos.

Recuerdo los guardapolvos grises, las cofias blancas de las alumnas, el Dr. Dellepiane, al que le teníamos miedo, sobre todo nosotras, no sé por qué, eran épocas de no tantas mujeres en la profesión, los hermanos Albanese, a quienes confundíamos, ¿quién es más bueno para tomar examen? nos preguntábamos., Ojala te toque Alfonso, no, es más bueno Eduardo.

El Dr. Rolando y sus pizarrones llenos de fórmulas interminables, difíciles de recordar, el Dr. Aramendia y sus perros para la enseñanza de la fisiología, el Padre Berro García y sus clases de teología, un respiro para tanta angustia ante lo aún desconocido.

Años después llego el internado, ya nos sentíamos médicos, hacíamos guardias con las ganas de aprender a realizar un parto, atender un paciente, extraer un nódulo en cirugía. Eso nos sirvió para ir definiendo nuestra decisión de qué queríamos hacer en nuestra vida profesional, la que de alguna manera ya estaba comenzando. El guardapolvo blanco y el estetoscopio colgado del cuello nos daba una identidad. Pero, ¿quiero ser ginecóloga? ¿quiero entrar en un quirófano a diario? ¿quiero ver qué tiene un corazón enfermo? ¿quiero ayudar a los más pequeños?

Cuando oímos el "doctor", "doctora" por primera vez, sentimos la emoción de haber elegido bien nuestra carrera: estábamos para ayudar a otros. También tenemos que agradecer a Dios por esta vocación de servicio. También llego el amor. Varias parejas que nacieron en las aulas de esta Casa, en los laboratorios, tuvimos la dicha de formar una familia.

Y llego un día en que el Decano en ese momento, el Dr. Ortiz de Zarate, nos entregó el diploma. ¡Llegamos a una meta! Había que seguir en nuestra carrera, la que no se acaba nunca, y para eso habíamos hecho el juramento hipocrático

Recuerdos imborrables, alegrías y tristezas, de eso se trata la vida.
Agradecemos especialmente a la Facultad de Medicina de esta querida Universidad del Salvador por permitirnos compartir este día tan especial, dentro de su recinto.
Muchas GRACIAS